

la repetida cuesta hicimos pié y dormimos allí aquella noche con algun recelo de enemigos, por ser ellos de coraje y ánimo pudieran darnos bien en que entender á tan pocos como allí estábamos mas tales que valian por muchos; era el dia siguiente el citado con nuestro buen amigo Mehigua, gobernador de Guazirame en que prometió traernos los vecinos de Cocorotame á la obediencia de S. M. y paz con nosotros, y á las nueve del dia cuando mas cuidadosos estábamos de su venida, llegó á la cumbre de aquella ágría cuesta y á voces preguntó si estábamos allí; respondimosle con los arcabuces que así lo habiamos concertado, y con esto bajó hasta en medio de la cuesta, pidiendo subiésemos allí solo el señor gobernador y yo. Lo efectuamos al instante y el indio, con notable alegría abrazó al señor gobernador y á mí, diciendo á su señoría lo mucho que se alegraba de vernos allí otra vez y que al dejar los suyos y las ocupaciones que tenia con ellos, se vendria á Guadiama á servirle toda su vida; llamó con esto la gente que traia de Cocorotame, y á su voz se descolgaron de aquella cumbre sesenta gándules como unos filisteos con sus arcos, flechas, lanzas, hachuelas y macanas á guisa de pelear cuando nuestros compatriotas de abajo de la cuesta con grande estruendo dispararon sus escopetas para ponerles temor; humillaronse todos al señor gobernador, abrazándome á mí y sentándose dieron sus escusas pidiendo paz y perdon; se lo concedió el señor gobernador con las condiciones dichas, prometiendo sernos leales amigos y enemigos de los tepehuanes, y en señal inviolable de paz presentaron á su señoría un haz de flechas; subieron en seguida algunos de los nuestros y celebraron con ellos sus ferias y compras, y con gran muestra de contento se abrazaron unos y otros, disparando los nuestros sus escopetas y dando ellos su algarabia; con esto y algunas cosillas que les dió el señor gobernador pidió licencia el valeroso Mehigua, y abrazándonos á todos dió la vuelta á su tierra y nosotros á nuestro real, lloviéndonos el cielo aquella tar-

de un turbion de agua, granizo, truenos y relámpagos, el mayor temporal que haya visto en mi vida.

Llegamos últimamente á nuestro real, de allí á dos dias bien cansados y admirados de lo mucho que se esconden los tepehuanes á quienes deseamos ver con muchas veras, y á otro dia tomamos el camino para la quebrada de Yoracapa, llevando por todos los lados nuestros espías y caballos lijeros sin ser indio. Engolfámonos con esto en la quebrada que es la mas profunda que he visto con el paso mas peligroso que hay en toda esta gobernacion de cuyas alturas con solo arrojar piedras, poca gente bastaria destruir mucha; no hubo quién nos hiciese mal ni diese siquiera un grito porque ya los míseros tepehuanes andan tales, despues de la muerte de Gogojito y paces con los humes que no hallan lugar seguro donde ampararse, corrimos los dias siguientes á Tenarapa, Valapa, Vecatome, Oinapa, presa y casa de Avila hasta salir á Santiago Papasquiari sin ver indio ni rastro de el.

No quiero exagerar el dolor que sentimos de ver aquel pueblo de Papasquiari que ya llaman comunmente Santiago de los Mártires, acordándonos de las muertes tan atroces que allí en los nuestros hicieron estos malditos tepehuanes, y como allí refrescó cada cual sus memorias, cual de su padre muerto, cual de su hermano, cual de su abuelo, cual de su amigo, paciente ó conocido. Quebróseme el corazon ver la iglesia, que era linda en extremo y recién acabada, y cuando estos perros la abrazaron y quemaron toda, profanando sus aras, destrozando las imágenes. Vi el lugar donde pisaron estos sacrilegos al Santísimo Sacramento, matando á los padres y cerca de él dije misa al otro dia por las ánimas de los que allí acabaron; corrimos todos aquellos contornos con tanto cuidado que nuestros soldados se ha laban por aquellos picachos cual rejas de arado, cual barretas de fierro, cual arcabuces quebrados y aun uno la lámpara de la iglesia en una profunda quebrada y ninguno ha ló ni tepehuan ni rastro.

Salimos con esto á las Cruces el ultimo de Abril cuando de nuestros espías que por todas partes corrian la tierra, los unos llegaron muy á prisa: y preguntados qué presa traian? respondieron que al capitan Tomas García y su gente, los que habian cogido en una emboscada; otros volvieron á toda carrera y la presa que traian era el capitan Gonzalo Martin, cuya gente solo habian columbrado, y pensando eran tepehuanes corrieron tras él y su gente, á nosotros con el mismo engaño y amigos con enemigos se hubieran de fogear á no conocerse á buen trecho. Y estando en esto se aparecieron sobre un picacho cuatro á caballo y corriendo como unos rayos á ellos una manga de nuestros soldados, luego que llegaron á tiro reconocieron ser de los nuestros, que habiendo estado allí tres dias esperando luego que vieron á nuestra gente en el campo salian á ella como unos alcotanes; diónos notable gusto ver el cuidado con que todos estaban en sus puestos como sin saber unos de otros por diferentes caminos, nos habiamos venido á juntar cojiéndonos unos á otros en nuestras mismas emboscadas. Aguardamos á los capitanes y á poco rato llegó el bueno y valeroso Tomas García, salvando los de su escuadra con la arcabucería al señor gobernador y dando los indios su algarada.

Rindió cuenta de su viaje y correrías y como en uno de los puestos que le cupieron en suerte dió alcance á ocho indios de los cuales mató solo dos, únicos que le hicieron tenaz resistencia llamados Juan Vinagre y Cuscusillo, indios cuyo valor conocido habian hecho raya en las bandas rebeldes; al resto los hizo prisioneros de guerra y uno de ellos le guió hasta la ranchería á que pertenecia en la cual halló seis indias y dos muchachos que prendió y tenia en poder de su sargento y algunos soldados en el paraje de las Cruces para donde caminábamos, añadiendo que habia puesto á cuestion de tormentos á los prisioneros y examinados cada cual á parte, todos vinieron á decir lo mismo que en todos estos contornos no habia otra ranchería que la suya á causa de que luego que matamos á Gogo-

jito algunos de ellos que se escaparon corrieron toda la tierra dando la noticia que causó tan grande temor que al punto no quedó hombre con hombre. Afirmaron que el lenguaje comun que corria entre ellos era: hermanos, sálvese cada uno como pudiere porque ya no es tiempo de mas que tratar de vivir y huir de los locos, que así tratan comunmente á los españoles, añadieron que dos por una parte tres por otra por no dejar rastro de si se habian ido cada cual á buscar su remedio, y esta es la causa porque en parte ninguna hallamos nosotros rastro, pasando por Tenaxapa, Otinapa, Zaracapa y Papasquiario que es el centro de esta gente.

Llegó últimamente el capitan Gonzalo Martin y dió en noticia que habiendo corrido con toda diligencia los puestos señalados si bien al verte y saber lo sucedido en Guarizame con los humes y en Yamoriba, Zapiuris, &c., con los xiximes, habia confirmado grandemente en nuestra amistad. Los xiximes amigos que aun vasilaban ya alegrando sumamente á los padres de su doctrina; pero que en tierra de tepehuanes no habia visto mas que rastros antiguos, ni aun en la cuesta de Arratia que es el lugar de su seguro. Marchamos con esto á las Cruces con notable alegría de vernos juntos y la presa que hallé en Collera nos aguardaba, descansamos allí dos dias en que los dos capitanes con sus escuadras se previnieron para salir á otras correrías que de nuevo les ordenó el señor gobernador.

Y al tercero dia de la invencion de la Cruz, despues de haber oido misa, aprestados los capitanes y soldados el señor gobernador los dispuso de esta manera. Al capitan Tomas García mandó que con su escuadra corriese los puestos de San Julian, la estancia de Ontiveros al rio de Ramos, cerro del Organó, quebrada de Xicorica y de los Palmitos, saliendo por último á Cacari para el dia señalado.

Al capitan Gonzalo Martin se le ordenó corriese las serranías de Coneto Moxitome y Jomuleo, saliendo para el dia señalado tambien á la estancia de Cacari.

Y sobre la marcha se pusieron en camino los dos capitanes, y solo el señor gobernador se detuvo á formar su correspondiente sumaria á los culpados y sentenciados á muerte; yo los tomé á mi cargo, catequicélos y doctrinélos de nuevo, confesándolos y haciéndolos adorar de la idolatría, y bien contritos los fué el señor gobernador haciéndolos colgar en el camino que conduce de Texame á las Bocas para terror y espanto de los que los vieron.

Aquella noche del día de la Cruz llegaron al real un par de soldados del capitán Gonzalo Martín y trajeron noticia que en el llano del Texamen divisaron de dos leguas de él gente que camina á la serranía de Coneto, despachó en su seguimiento caballos lijeros para darles alcance; mas como ellos llevaban tan gran ventaja no fué posible darles alcance; alijéronse de todo cuanto llevaban dejando tilmas de carne, mescal y sus coxillas y al pié de la serranía las yeguas y caballos en que iban, subiendo por consiguiente á pié la altura cuando llegaron dos de nuestros soldados, trabando con ellos acción reñidísima mientras llegaban los otros; ellos aunque hicieron alguna resistencia no trataban de pelear sino de apelar á la lijereza de sus pies. Quitáronles nuestros soldados, con todo, dos mujeres, india la una, y con ellas relación de lo sucedido. Las despachó á nuestro real al señor gobernador el capitán Gonzalo Martín. Llegaron los dos soldados como á las diez de la noche, y al momento el señor gobernador montó á caballo y acompañado de cinco dragones salió como un rayo dirigiéndose hácia donde Gonzalo Martín estaba; de allí despachó en distintos rumbos escuadras con soldados de su confianza, y una y otra siguiendo estritamente el rastro á la luz de la luna, dieron por fin en su alcance con una india. Algo mas adelante dieron muerte á un indio por haberse resistido valientemente, natural de Santiago Papasquero, llamado Juan Quequejal, y siguiendo una legua mas adelante oyeron en una profunda quebrada llorisquear á chiquillos, y creyendo estarian allí los demás que se escapa-

ron, que por todos eran doce y mujeres seis, pararon luego en el cerro inmediato aguardando amaneciese; al despuntar el día se decidió nuestra tropa á dar el albazo en aquella rancharía y no hallaron mas que á un niño de corta edad que de industria dejaron allí para que entendiesen con su lloro estaban allí todos, y aguardando darles albazo tendrían ellos mas tiempo de huir; valiéles ciertamente la estratagemá y nuestra gente siguiendo mas adelante avistaron á dos enemigos en un alto picacho al que remontaron con harta dificultad; mas tambien escapáronse perdiendo en su totalidad su rastro y desconfiando volver á dar con él, se dieron prisa en ganar hácia el real á presentar al señor gobernador la presa y cabeza del muerto, quien al punto los remitió por otra parte en pos de su capitán que, dividido en dos escuadras, habia salido ciñendo aquellas serranías hasta Coneto; aun no sabemos el paradero de dichas compañías, aunque esperamos sea Nuestro Señor servido para que el resultado de ellas, defendiendo su santa causa, sea tan próspero como hasta aquí.

En la actualidad el señor gobernador se ocupa con su escuadra en recorrer todos estos contornos de esta serranía de Texamen, las Bocas, los Pinos, cerros de Canatan, Saucedá y Cacara, teniendo emboscadas en todas las sendas y caminos, espías en los picachos, porque la mulata é india presas dan últimamente por aviso que saliendo la escuadra de los suyos que corrió Gonzalo Martín y su gente de los cerros de Yamoriba á la serranía de Coneto, dejaron atrás otra del Tlamatini que seguía los mismos pasos.

¡Quiera el cielo dé en nuestras emboscadas para que paguen sus maldades, vengando el Señor *sanguinem sanctorum qui effusus est!*

Este es, padre mio, el suceso hasta aquí de nuestro viaje en el cual aunque los muertos en varias partes solo llegan á diez y siete; pero como entre ellos se cuenta la de Gogojito de quien todos los alzados tenían colgadas sus esperanzas juzgándole por

inmortal, así ellos como las demas naciones alzadas, solo en su muerte se realizó nuestra victoria completa y tal vez dentro de poco veremos esterminado este temible enemigo, de modo que los tepehuanes han concebido tal temor que en ninguna parte hacen ya frente ni buscan, porque no la hallan, una guarida segura en todos estos contornos, y muerto el que los conducia andan sin tino, con y vacilante paso hácia su tumba, como lo confesaron antes de espirar los que pagaron á manos de un verdugo el colmo de tanta ignominia que, preguntados cómo ellos solos se habian atrevido á parar por estos contornos, respondieron que habiendo oido su consejo se determinaron quedar en estos puestos, huyendo del hambre, sed, cansancio y desvelo y malpasarse que les sigue cuando andan huyendo de picacho en picacho, encomendándose á su buena suerte y fortuna viviesen lo que viviesen, pues en cada parte los habia de perseguir y alcanzar la ira de Dios y la de los españoles. Y este viaje se debe tener por el mas feliz y de la mayor importancia que hasta aquí otro alguno, porque ademas de haberlos atemorizado y puestos en dispersion con la muerte de Gogojito, han decaido notabilisimamente de la estimacion y respeto que las demas naciones les guardaban, á las cuales se habian vendido por domadores del coraje español. Han cobrado ademas de esto tan grande aborrecimiento á su dios cual él merece, matando á sus profetas y hamatinis con tan gran temor de españoles que no osan parar en parte alguna por no dar en sus manos; y como con esta entrada dejamos de paz á los humes de Guarizame y sus pueblos de Humase, Cocoratome y Xiximes de Zapiuris, Yamoriba, Yomoyoitua, Vasisy, Guapijuje, y en todos estos puntos dejamos á nuestra devocion y en verdadera amistad mas de dos mil flecheros, gente arriesgada y valiente, quitando á los tepehuanes aquella fragosa tierra que tenian por guarida, no saben los pobres qué hacerse y por huir del fuego, como dicen, han de ir á dar en las mismas ascuas y venir todos al pagadero, si ya no es que toman por última resolucion bajarse y ponerse

á la disposicion del señor gobernador y amparo de la ley, suceda lo que sucediere.

Pues ya los provechos que se siguen de las paces con los humes y xiximes nos son de estima y provecho, pues con ellos se aseguran las minas, caminos y gente de Topia, San Andrés, San Hipólito y las latissimas provincias de Culiacán, Chiametla, Piastla y Aoya, cuyos moradores indios tienen por primer móvil á estos flumes y xiximes, y en ser estos nuestros amigos lo son tambien aquellos de los cuales no se tenia hasta ahora plena satisfaccion y confianza.

Bien muestran esto las cartas de los padres Andrés Justino, Pedro Gavina, Diego de Castro, Andrés Gonzalez y Juan de Mallen que con sumo contento, han escrito con el capitan Gonzalo Martin grandes parabienes al señor gobernador, prometiéndose de aquí en adelante todo seguro en sus puestos con las paces dichas. Todo esto para que vuestra reverencia dé gracias á Dios Nuestro Señor *qui molificat et vivificat deducit at inferos et reducit.*

Y así es, pues, como va convirtiendo en tan alegre paz tan encendida guerra sin cuartel, sacando de tantos males muchos bienes como espero de S. M. se seguirán á esta afligida tierra, con la quietud que nos promete el desconsuelo y terror de los tepehuanes con lo cual no caben ya en el mundo. ¡Quiera Ntro. Señor acordarse de ellos y dar á vuestra reverencia el colmo de sus dones divinos que puede como yo lo deseo!

Llanos de Guatimape, Mayo 9 de 1618.—De vuestra reverencia hijo humilde *Alonso del Valle.*